

---

---

## CAPÍTULO VIII

---

### EL DELITO Y LA IGNORANCIA

Después de haber examinado las teorías que pretenden explicar el delito, por anomalías fisiológicas y psíquicas y por causas físicas, debo estudiar las teorías que encuentran la explicación de la criminalidad, en la influencia del medio social.

El estudio de las influencias sociales, no ha sido descuidado por la escuela italiana de antropología criminal: M. E. Ferri en particular tiene buen cuidado de señalarles un lugar importante: pero *la sociología* criminal ha sido cultivada de un modo especial por la escuela lionesa, de la cual es el representante más autorizado el Dr. Lacassagne. Este sabio profesor había en verdad, dado de momento una importancia extrema á la forma del cráneo, pues había dividido á los hombres en tres series: los frontales, los parietales y los occipitales. «La serie de los frontales, representa los especuladores, los filósofos, los jurisconsultos: para estos las penas son casi inútiles... El Código penal ha sido hecho para la serie de los occipitales.» (*Revista científica*, 28 mayo 1881.) Pero desde entonces los caracteres antropométricos, han perdido su importancia á los ojos del Dr. Lacassagne, quien ha puesto de relieve, el medio social. «El medio social, ha dicho en el Congreso de Roma, es el caldo de cultura de la criminalidad: el microbio es el criminal, un elemento que no tiene importancia sino el día en que encuentra el caldo que le hace fermentar.» (*Actas del Congreso*

*de Roma*, pág. 166.) «Las sociedades, añade, tienen los criminales que merecen.» (*Ibid.* pág. 157.)

Esta teoría no es nueva. En el siglo XVIII, ya fué desarrollada por Holbach, y en nuestros tiempos, por Quetelet. Büchner, Buckle, Fouillée, George Renán, y Feré. «La sociedad, decía Holbach, castiga á menudo, inclinaciones que ella hace nacer, ó que su negligencia hace germinar en los espíritus: obra como los padres injustos, que castigan á sus hijos por los defectos que ellos mismos les han hecho contraer.» (*Sistema de la naturaleza*, t. I, pág. 232.) La sociedad, según Holbach, es una madastra para el pobre, que se venga con el robo ó el asesinato: por esta razón Quetelet echa sobre la sociedad la responsabilidad de los delitos. «Ella es, en cierto modo, quien los prepara, y el culpable no es sino el instrumento que los ejecuta.» (*Física social*.) Según Buckle «los delitos de los hombres, más que el resultado de los vicios del criminal, lo son de la condición de la sociedad en la cual este individuo ha sido lanzado.» (*Historia de la civilización en Inglaterra*.) Aun viendo en el criminal tan pronto un loco, tan pronto un salvaje privado de sentido moral, el Dr. Büchner, entiende que «es una víctima del orden social, de la ignorancia, de la miseria en que se encuentra: á sus ojos categorías enteras de crímenes, como el infanticidio, pueden ser consideradas como una consecuencia inmediata de actos sociales determinados.» (*Ciencia y naturaleza*, pág. 234.) A su vez M. Fouillée no vacila en sostener que «en todo homicidio ó robo, la sociedad entera es culpable y moralmente responsable.» (*Ciencia social*, pág. 305.) Según M. Feré «la sociedad es en conjunto, la generadora del criminal.» (Pág. 121.)

Esta teoría, tiene sobre la de M. Lombroso y sobre todas las que explican el delito, por el organismo, una ventaja inmensa: provoca las reformas sociales, obliga á la sociedad á mejorar la situación de los pobres, de los niños y las mujeres, mientras que la explicación del delito por el atavismo, conduce al fatalismo, y por consecuencia á la inmovilidad. Así, como con profunda razón lo ha hecho observar M. Lacassagne, si el delito es el resultado de la influencia de los antepasados, nada puede hacerse para evitarlo: «Los sabios podrán tomar cuantas mediciones quieran, poner de relieve los ángulos ó los índices, pero los legisladores ó los hombres de Estado, solo han de cruzarse de brazos y hacer construir cárceles ó asilos para

recoger tantos y tantos contrahechos.» (*Actas del Congreso de Roma*, pág. 166.) Pero si modificando el medio social, disminuyendo la miseria y la ignorancia, y desarrollando las influencias moralizadoras, puede disminuirse la criminalidad; ¿qué estímulo más poderoso para los legisladores y los hombres de buena voluntad!

Pero, aun reconociendo que la sociedad, puede dentro ciertos límites, disminuir la criminalidad con leyes previsoras é instituciones caritativas, ¿no hay una peligrosa exageración en negar la responsabilidad individual, y en pretender que el delito es un hecho social? Los que ven en el delito, un producto necesario del medio social, ¿no caen en el mismo error, que los que le hacen dimanar de las influencias fisiológicas y de las circunstancias externas? ¿No desconocen del propio modo, el poder de la voluntad, y no convierten al hombre dotado de razón y de libertad, en un ser pasivo, sujeto como un autómatas á todas las influencias, sin poderlas vencer?

Para sostener que el delito, es un hecho social, apóyanse en la influencia de la ignorancia, de la miseria, en la omnipotencia de la imitación y de los malos ejemplos.

¿El crimen es resultado de la ignorancia? ¿El culpable que vá á sentarse en el banco de la policía correccional ó del Tribunal de los Assises, ¿hubieráse hecho digno de un premio Monthyon, si hubiese estudiado ciencias y literatura? ¿Hay que considerar el desarrollo de la instrucción como un medio infalible para suprimir la criminalidad? Así lo entienden un cierto número de criminalistas y filósofos. Según M. Emilio Acollas, los criminales se dividen en dos categorías: enfermos é ignorantes. «He dicho que aquellos á quienes se titula criminales son enfermos, hombres incapaces por naturaleza, de darse cuenta de sus actos, ó que son ignorantes.» (*Filosofía de la ciencia política*, pág. 229.) Esta es también la opinión de monsieur Büchner: «la falta de inteligencia, dice, la pobreza y la falta de instrucción, son los tres grandes factores de los delitos... el hombre ilustrado sabe encontrar los medios para desembarazarse de los obstáculos, sin violar la ley positiva... el hombre sin educación, no conoce otro camino que el del delito para salir de sus apuros... es la víctima de su situación.» (*Fuerza y materia*, pág. 499.) Según M. Minzlof, la instrucción es, «una panacea universal que debe á un mismo tiempo prevenir y curar las tendencias al delito. (*La Filosofía positiva*, noviembre

y diciembre de 1880.) Sabido es con cuanta afición repetía Victor Hugo, que «abrir una escuela era cerrar una cárcel.» y que esta idea ha sido reproducida por M. Fouillée: «Cuantas más escuelas habrá, menos cárceles existirán, cuantos más progresos hace la ciencia, más reconoce ésta, que el criminal es por lo común un insensato ó un ignorante.» (*La ciencia social*, página 322.) (1).

Esta teoría que hace dimanar el delito de la ignorancia, no es nueva en modo alguno. Sabido es que en el siglo XVIII, la enseñaban ya Helvetius, La Mettrie y Condorcet. Helvetius consideraba la virtud como el producto de la instrucción, y el vicio como el resultado de la ignorancia. La Mettrie iba aun más lejos, pues sostenía que la diferencia que existe entre el hombre y el mono, proviene de una diferencia de educación, y que puede enseñarse un idioma á este animal. (*El Hombre máquina*, pág. 35 y 38.) «Entonces, dice, el mono no sería ya ni un hombre salvaje, ni un hombre incompleto, sería un hombre perfecto, un pequeño ciudadano, con tan buenas cualidades y tantos músculos como nosotros, para discurrir y aprovecharse de su educación.»

¿Quién pondrá en duda los beneficios de la instrucción y los peligros de la ignorancia? ¿Cuántas costumbres bárbaras, resultado de la ignorancia! ¿Cuántos actos de crueldad á ella debidos! ¿Cuánta sangre derramada por el fanatismo y la superstición! ¿Cuántos odios nacen de un sofisma! ¿Es necesario demostrar que ideas equivocadas ó falsas, pueden algunas veces llevar á actos culpables? A las atinadas observaciones que hace Cicerón en las Tusculanas, IV, párr. 10 y siguientes, permítaseme que añada algunos hechos recogidos en mi experiencia judicial. Todo el mundo sabe que en otro tiempo, fueron quemados ó ahorcados hombres, á quienes se calificaba de brujos. La creencia en que hay brujos, existe aun en las campiñas, fomentada por estafadores que explotan la credulidad pública. Cae enfermo un ganado, nace una discordia entre dos recién casados, el brujo pretende que aquella enfermedad y este

(1) La experiencia ha arrebatado á M. Fouillée la confianza exagerada que tenía en la influencia moralizadora de la escuela. «En la enseñanza primaria, dice, la instrucción científica extendida más y más, no ha conseguido levantar el nivel moral: al contrario, este nivel ha bajado.» (*Revista de ambos mundos*, 15 de julio de 1890.)

desacuerdo son hijos de una *suerte* que les han echado: atribúyese el poder de curar por medios sobrenaturales, pero no quiere emplearlos sin una fuerte retribución. Esta creencia en la brujería, no sólo es ocasión de engaños, sino que introduce con frecuencia la perturbación entre ignorantes labradores, hasta impulsarles á actos de violencia. He ahí como ejemplo, un hecho que tuvo lugar en el distrito de Digne donde fué sustituto: teniendo un labrador enfermo su ganado, fué á consultar á un brujo del vecindario, quien le manifestó que un enemigo suyo le había echado el mal al rebaño.—¿Pero quién es este hombre?—preguntó el labrador lleno de ira.—La primera persona que encontrareis al volver á vuestra finca.—contestó el hechicero. Marchóse el labrador, y encontró al poco rato á uno de sus vecinos que trabajaba en su campo, y creyendo que este desventurado era el autor de la enfermedad que sufría su ganado, arrojóse sobre él armado de un recio palo hasta dejarle cadáver. Durante algunos años me he dedicado á la caza de estos brujos, persiguiéndoles como estafas, puesto que se apoderan de la fortuna ajena con fraudulentos manejos, ó atribuyéndose un poder imaginario. Varias severas condenas dictadas por el tribunal correccional contra algunos de estos malhechores, han limpiado la comarca de tanto rufián (1).

Creo también que la instrucción podrá disminuir mucho los sentimientos de rencor, que una parte de la población obrera profesa respecto á los patronos, burgueses y los sacerdotes. ¿Estos antagonismos á veces violentos, no son hijos de la ignorancia? En las ciudades, donde se han difundido entre los obreros algunas nociones de economía política, háse apaciguado bastante aquel sentimiento, pero allí donde no han penetrado las enseñanzas, allí donde las pasiones siguen so-

(1) A mi juicio, estos procedimientos deberían dirigirse, contra los que echan la buena ventura, los magos, adivinos, tiradores de cartas, quirománticos y demás estafas que recorren las ferias y mercados, y que muchas veces son autorizados por la policía y por los alcaldes para explotar la credulidad pública. La perturbación que introducen en el espíritu de nuestros campesinos, me parece mucho más grave aun, que el daño que causan en sus bolsillos. El emperador Marco Antonio, comprendiendo el peligro de estas supersticiones, ordenó que los que perturbaban á los espíritus débiles explotando su credulidad, fuesen castigados con la relegación. (*Digesto de panis*, l. xxx.)

breescitadas por los periódicos revolucionarios y los políticos. ¡cuántos odios contra los pretendidos *explotadores del pueblo!*

Así pues, nunca se desarrollará bastante la instrucción, nunca se ilustrará bastante á los espíritus. El buen criterio, contribuye mucho á la moralidad de los actos: el que ve clara y distintamente las funestas consecuencias de las pasiones, resiste más fácilmente sus halagos. El comerciante que tiene conciencia de las ventajas de una buena reputación, será menos inclinado á dejarse llevar del afán de lucro, engañando en la cantidad ó la calidad de las mercancías que venda, y aunque su dignidad y su deber no le obligasen á obrar con rectitud, obligaría su propio interés. El hombre que comprende que la sabiduría vale más que la riqueza, procura más bien instruirse que enriquecerse, y resiste más el espíritu de codicia: al contrario, el que está persuadido que el mayor bien es la posesión de riquezas, no será escrupuloso en la elección de los medios para lograrlo.

Aun para ser útil á los demás, son necesarios conocimientos particulares: la misma caridad necesita ser ilustrada. «Pido á Dios, dice san Pablo en su epístola á los Filipenses, que vuestra caridad crezca en ilustración é inteligencia, á fin de que sepáis comprender lo que es mejor y más útil.»

Pero, después de haber reconocido las grandes ventajas de la instrucción y los peligros de la ignorancia, ¿será necesario decir que la ciencia produce necesariamente la virtud, que la ignorancia engendra fatalmente el vicio y el delito, que la práctica del bien es un privilegio del sabio, y que los ignorantes que sufren ya además la pobreza, han de ir por precisión al delito? Si el vicio fuese el resultado de la falta de instrucción, ¿con qué derecho podría reprocharse á los ignorantes de ser viciosos? ¿Dónde estaría su responsabilidad?

Los ilustrados, los instruidos que se atribuyen el privilegio de la virtud, no vacilan en decir, «que no todo el mundo es igual.» (*Renán, Diario de los Debates*, 7 octubre 1884.) Los pobres y los ignorantes, ¿no son aun bastante desgraciados con verse privados de los placeres de la inteligencia, y verse obligados á ocupar todo el tiempo en trabajos manuales para ganar su sustento? ¿Deben igualarse el vicio y la ignorancia, la instrucción y la virtud? «¿Cómo si la justicia no conviniera sino á los jueces y á los poderosos y no á todo el mundo! No hay un sólo hombre, aun el más miserable, el último de todos,

que no deba practicar la justicia.» (Cicerón, *La República*, III, párr. 7.) Todo hombre está obligado á practicarla, porque hay una luz natural que la ilumina. «La regla de conducta del hombre prudente, tiene su fundamento y principio en el corazón de todos los hombres... el deber es igual para todos.» (*Confucius*, traducción Pauthier, pág. 41, 10.) «La boca tiene el mismo gusto para los sabores; los oídos la misma audición para los sonidos, los ojos la misma percepción para las formas y su belleza, y el corazón no será el mismo en todos los hombres, para los sentimientos? ¿qué es pues lo que el corazón del hombre tiene de común y propio para todos? Es lo que se llama la *razón natural, la equidad natural*.» (*Meng-seu*, traducción de Pauthier, pág. 390.) El hombre sin instrucción, como el sabio, oyen y entienden esta voz interior. «este guía sabio y divino que está encima de todos.» (Platón, *República*, IX.) ¿Cómo diez y ocho siglos después del Evangelio, puede desconocerse una verdad tan universal, conocida aun por los chinos desde los tiempos más remotos?

Es cierto que en la antigüedad, Sócrates hacía dimanar el delito de la ignorancia, suponiendo que el hombre practica el bien desde que lo conoce. «El saber, decía, es lo mismo que la prudencia... El justo, es el que conoce las leyes que debe observar en su conducta con los demás hombres.» (Xenofonte, *Memorias de Sócrates*, IV, cap. VI.) Descartes en este punto, parece que discurría como Sócrates, pues decía: «Nuestra voluntad no se acomoda á seguir ó á apartarse de las cosas, sino según que nuestro entendimiento nos las presenta como buenas ó malas, y basta juzgar bien para obrar bien, y de juzgar lo mejor que se pueda, para adquirir todas las virtudes.» (*Discurso sobre el método*, III parte.) En otros pasajes, añade: «es verdad que la facultad de juzgar bien y distinguir lo verdadero de lo falso, que es lo que propiamente se llama, buen sentido ó la razón, es naturalmente igual en todos los hombres... y el camino del cielo, está tan abierto para los doctos como para los ignorantes.»

En nuestra época, M. Marion, modificando un tanto el pensamiento de Sócrates, entiende que, «la sabiduría, en realidad no es idéntica á la ciencia, sino á la reflexión, y que el vicio, en el fondo no es una ignorancia, si no una distracción.» (*De la solidaridad moral*, pág. 72.) Para aquel, los malos, son sobre todo los distraídos. Esta doctrina, en esencia, es la de

Descartés (1), para quien el error y el vicio provienen de una falta de atención, de ideas oscuras, y por esto repetía sin cesar *Omnis peccans est ignorans*. Los sentidos, las pasiones, son las que ciegan el espíritu; la reflexión, la atención son las que disipan esta ceguera.

A no dudarlo, hay una parte de verdad en esta doctrina. Pero la observación no permite afirmar, que basta juzgar bien para obrar bien, y que la sabiduría es idéntica á la ciencia ó á la reflexión. «La opinión de Sócrates, está manifiestamente contradicha por los hechos... Se ven hombres que raciocinan bien, pero como son viciosos, escojen lo que precisamente deberian rechazar... El intemperante es un hombre, que excitado por la pasión, hace cosas que sabe son reprobadas.» (Aristóteles.)

¡Cuántos ejemplos pudiera aquí citar en apoyo de las acertadas palabras de Aristóteles! He visto en particular á un abogado de espíritu distinguido, delicado, atento, sentarse desventuradamente en el banco de policía correccional, por hechos graves y numerosos de abusos de confianza y de estafa: hablaba muy bien pero obraba muy mal: en él, la inteligencia era sana, pero enferma la voluntad, toda vez que había contraído afición á los placeres, á necesidades de puro lujo, á las que no podía atender con sus recursos personales. «Hay quien ve claro el bien, y sin embargo, no le sigue.» (Montaigne, I. I, cap. XXIV.)

Si la ciencia ó la reflexión diesen siempre por resultado la moralidad, ¿veríanse con tanta frecuencia á hombres de talento, verdaderos genios, dominados por vicios los más vergonzosos? ¿Quién ha hablado mejor que Rousseau de los deberes de los padres respecto á sus hijos?; y sin embargo este filósofo que inspirándose en Plutarco ha escrito tan hermosas páginas sobre los deberes de familia, este hombre, encerró á sus hijos en un hospicio. ¿Quién ha tenido más talento que Voltaire? Y sin embargo, ¿cuántas mentiras, cuántos actos de baja y de

(1) Esta era también la teoría de Gassendi. (V. *La Filosofía de Gassendi*, por Félix Thomas, pág. 199.) Marco Aurelio, me parece que cayó en igual error, cuando dijo: «Si obran mal, es claro que lo hacen sin intención y por pura ignorancia.» (Ley XI, párr. 18, y ley VII, párr. 63.) Al contrario, Simplicio en sus comentarios á Epiteto, hace observar atinadamente, que los vicios y los delitos, no provienen sólo de la ignorancia, sino del predominio de las pasiones. (T. I, pág. 76, traducción Dacier.)

indignidad se la pueden echar en cara? ¿Puede encontrarse un poeta más inspirado que Horacio?: pues sin embargo el sentimiento del honor era tan rudimentario en él, que sonriendo él mismo, refirió que había abandonado su espada en el campo de batalla, cuando los Bárbaros que habían cometido el mismo acto de cobardía, morían de vergüenza y se ahogaban con sus propias manos. (Tácito, *Costumbres de los Germanos*, párr. 6.)

Cuando se supone que basta raciocinar bien para obrar bien, olvidase que el hombre no es un mero espíritu, que los placeres de los sentidos tienen gran dominio sobre él, y que las pasiones muchas veces hacen acallar á la razón. El hombre que se deja vencer por una pasión, sabe que obra mal, que sacrifica su verdadero interés, que desprecia sus deberes. La pasión puede subyugar la voluntad y pervertirla, hasta el punto de cometer actos que la razón reprueba. La inteligencia dice muy claro al jugador y al desordenado, los peligros del juego y de la crápula, y sabiendo que se expone á perder su patrimonio, su inteligencia y su salud se entrega á aquellos excesos. En este caso, como en todos aquellos en los cuales el hombre no es dueño de sí mismo, según la expresión de Racine, no practica el bien que ama y hace el mal que detesta (1), su inteligencia distingue muy bien el peligro y la vergüenza del vicio y sin embargo, su voluntad pervertida, no lo rechaza.

Si bastase concebir de un modo claro lo verdadero, para obrar bien, ¿veríase á muchos hombres hacer lo contrario de lo que enseñan, semejantes á los Escribas y á los Fariseos, de los cuales se dice en el Evangelio de San Mateo (cap. XXIII, 3): «Observad y haced lo que os dicen, pero no hagáis lo que ellos hacen: porque ellos dicen una cosa y hacen otra» (2)? Si el

(1) Sabido es que el pensamiento de Racine, es una imitación de aquel pasaje de san Pablo: «Yo no apruebo lo que hago, porque no hago el bien que quiero, sino que hago el mal que aborrezco.» (*Epístola á los Romanos*.) El poeta latino, había dicho también: *Video meliora, proboque, deteriora sequor.*

(2) La vida de Séneca ofrece un ejemplo notable de la discordancia que puede existir entre la enseñanza del deber y la práctica del mismo. Aquel que decía. «Sed pobres, porque es imposible estudiar con fruto, sin la frugalidad,» había atesorado riquezas inmensas, que se dice ascendieron á 300 millones de sextercios. (Tácito, *Anales*, l. XIII, párr. 42.) Sabido es que según aquel filósofo «la virtud no se abriga sino en un espíritu bien preparado... que la mejor naturaleza es susceptible de virtud, pero no de ser virtuosa, si no ha recibido al efecto una instrucción adecuada... que el bienestar es un don de la filosofía... que la justicia, la piedad, la religión y

profesor de moral no observa siempre una conducta irreprochable, si después de haber expuesto las bellezas de la templanza, de la caridad y de la amabilidad, es alguna vez intemperante, egoísta, colérico, es porque es más fácil enseñar á los demás la moral, que practicarla uno mismo. Es difícil poner de acuerdo los actos propios, con las palabras. Acabo de tener noticia de un procedimiento criminal instruido contra un profesor, que con algunos cómplices, habíase apoderado de 130 mil francos en títulos; y varias veces he debido instruir diligencias contra personas, que por su inteligencia y su instrucción superior, tenían conciencia tan perfecta de la infamia de su conducta, como los magistrados que las juzgaban. De 62 mil 435 acusados, juzgados por los Tribunales de Assises en el periodo de 1859 á 1860, 3,052 habían recibido una *instrucción superior*. En presencia de estos hechos, ¿puede aún sostenerse, que abrir una escuela es cerrar una cárcel?

En los *Recuerdos* del abate Crozes, antiguo capellán de la *Roquette*, encuentro una carta de un preso, bachiller, hijo de un antiguo profesor de París, la cual describe perfectamente el estado de un hombre, que después de haber contraído malas costumbres, hace el mal que aborrece y no practica el bien que ama. «Por la parte moral, soy aun más miserable: ocioso, entregado á todos los placeres y seducciones, conozco que de día en día soy peor, descubro con espanto que los buenos sentimientos que poseía se van extinguiendo, y que por el contrario, los vicios van arraigándose más y más... Por lo mismo, puedo aseguráros, reverendo capellán, que no soy malo de origen: soy una extraña mezcla de bueno y malo. Muchas veces, oculto en la iglesia detrás de una columna, ó en un rincón oscuro, derramo lágrimas al oír los poderosos acordes del órgano: pienso entonces en mi pasado vergonzoso, en mi por-

en general todas las virtudes, no le abandonarán jamás.» (*Traducción de Malherbe*, Epístola XI.) Sin embargo, este mismo filósofo, preceptor de Nerón, tenía buen cuidado de que este no fuese un modelo de virtud, pues el mismo acompañó el adúltero á la casa de Germanico, y no desaprobó la muerte de Agripina, llegando hasta escribir la carta que Nerón dirigió al Senado para justificar su parricidio. Hay que confesar, no obstante, que si la filosofía no le enseñó siempre á vivir bien, le hizo morir bien. ¿A cuántos profesores de moral podrían aplicarse aquellas palabras: «vosotros, los que publicáis que no debe robarse, robáis; vosotros, los que decís que no debe cometerse adulterio, sois adúlteros?» (San Pablo, *Epístola á los Romanos*, cap. II, v. 21, 22.)